



Madrid a 30 de octubre de 2020

Muchos son los avatares que permanentemente hemos de vivir en Cañada y de muy variada índole. Muchas veces los acontecimientos se disparan y no es tan sencillo saber mantener el hilo conductor sobre todos ellos. Es preciso para nosotros, como creyentes, volver los ojos a Aquel que puede iluminar lo que vivimos.

Llevamos unos meses de lo más convulsos. Veníamos de sufrir la ausencia generada por el incendio del mes de mayo del año pasado. Tardamos siete meses en poder recuperar nuestro espacio y pudimos comprobar cómo el entorno había cambiado sin nosotros. Y lo vivimos como un deterioro mayúsculo del que habíamos quedado ausentes. Era, incluso, difícil reconocer el entorno como el nuestro, el que había sido siempre. Era momento de reconstruir, de reencontrarnos con lugares y personas, desde el desconcierto, pero con horizonte.

Sin embargo, ese horizonte nos duró bien poco. Prácticamente dos meses después, un maldito virus nos mandaba a todos a casa. Pudimos mantener algunas iniciativas y la parroquia tuvo que aprender, sobre la marcha, a mantenerse en pie desde la confusión que nos generó a todos. Junto con otros actores de la Cañada supimos estar a la altura, e hicimos mucho de lo que cabe esperar de una comunidad cristiana. Aun así, aquello tenía un precio que aún hoy sigue pasando facturas. Desde que la pandemia del coronavirus se desató, muchos de nosotros hemos visto cómo nuestra vida se ha visto afectada en relación con nuestra presencia en la Cañada. Algunos ni siquiera hemos podido ir por allí y hemos sentido que se nos privaba de algo esencial en nuestra identidad. Sabemos que lo relacional es clave y, sin embargo, ahora parece que son las distancias las que marcan lo que somos.

Poco a poco nos íbamos reencontrando con nuevas formas, con nuevas técnicas, con nuevas versiones de presencia. Aprendíamos a estar los unos al lado de los otros sin vernos, sin tocarnos. También con la gente, con nuestra gente. Había muchas cosas que no terminábamos de retomar: las misas, ¡algo tan nuclear nuestro!!!! De siempre nuestra comunidad ha sido

eucarística. De la celebración del domingo salía todo y a ella volvía también todo el domingo siguiente. No es posible entender nuestra parroquia sin sus misas. El incendio no nos resquebrajó. Supimos reencontrarnos y en el garaje de Ros aprendimos que el lugar no era lo importante. Hasta que el confinamiento nos dejó sin lugar. No había dónde juntarse porque no se podía ir. Tuvimos que compartir con muchos y sin interactuar. Hasta que finalmente volvimos a nuestra casa a seguir haciendo de la eucaristía nuestro centro. Pero un centro reducido: las dificultades para ir, sumado a la brecha digital ha hecho que no estemos aún donde debíamos estar. Había que seguir buscando cómo mejor aprender a estar. Aún, muchos nosotros no podemos participar asiduamente de la eucaristía. Nos faltamos unos a otros. Había que intentar estar atentos a esto e irlo facilitando y encauzando.

Y, cuando nos intentamos recomponer, se va la luz durante casi un mes. La oscuridad se apoderó de Cañada. Y la oscuridad se convirtió en herida. Herida que hacía mella en la cotidianidad de nuestra gente: sin poder ver en unos días cada vez más cortos, sin neveras para poder conservar los alimentos y sin facilidad de transporte público para poder ir a comprarlos a diario; sin lavadoras para poder poner la ropa a punto; sin posibilidad de bañar a los niños ni asearse, por lo que muchos decidían no a ir a los coles; sin poder recargar los móviles quedándose incomunicados y perdiendo citas médicas, sociales, laborales... Y herida que hacía mella también en la relación entre todos los actores de Cañada. La desconfianza se abre camino y el recelo generado por la herida, marca distancias cada vez mayores. Y de la mano de la distancia, también el reproche.

La impotencia de sentirse durante tantos días a oscuras rompe en irracionalidad. Nace del dolor. Hay que ser capaz de acoger el dolor, y de entenderlo, de ponerle nombre, de hacerlo propio. Hay demasiado dolor que sólo se vive, pero del que no se hace experiencia. Es necesario acogerlo, nombrarlo, situarlo, y buscar su sentido más hondo y más íntimo. El dolor nos pertenece, es nuestro y puede ser compartido. Pero para eso es necesario conocerlo. Saber de dónde proviene, saber qué busca, y no dejarle ganar. Porque a veces el dolor nos vence cuando se transforma en ira, cuando es revanchista y cuando nos hace perder la esencia de nuestra propia capacidad de ternura y sensibilidad. El dolor vence cuando nos deshumaniza y, entonces, consigue su propósito porque nos destruye.

El dolor siempre comienza con una negación: no puede ser, esto no puede estar pasando, no es cierto, es imposible que ocurra... Pero la realidad, tozuda siempre, se impone, y entonces el dolor explota. Y al explotar busca de forma irracional las causas. No se detiene a pensar, no puede y no sabe. Sólo se siente. ¿Por qué?, ¿de dónde viene esto?... E

irremediamente busca un culpable, alguien sobre quién descargar el peso de lo que se siente. Puede ser uno mismo, o puede ser cualquier otro. Da igual. No tiene lógica, sólo se siente.

En ocasiones, en muchas ocasiones, busca enrocarse ahí. Es como si tuviera una vocación de enquistarse, de no dejar que se desarrolle. Y cuando el dolor se enquista se convierte en tumor y mata. No se lo podemos consentir. Cuando el dolor se hace desgarrar y el desgarrar permanece, no tiene cura. Y no la tiene porque no tiene sentido. A nuestro alrededor hay mucha gente así, vencida. Su dolor les agobia, les oprime, hasta el punto de que pierden por completo la racionalidad. Lo intentan disfrazar y se sustantiva: somos víctimas, como si ser víctima en sí mismo te diera la razón de nada. Todos, siempre, somos víctimas del dolor. Y cuando el dolor se convierte en fuente de dolor para otros, las cosas han cambiado y uno sigue sin verlo. Cuando mi dolor es mi arma, me cierro a mi propia carne. Me imposibilito para desarrollar en la historia la misma esencia de lo que soy: relación con los otros. Porque estoy vuelto sobre mí mismo lamiendo el dolor de mis llagas. Y eso no conduce a nada. Sólo a más dolor.

Nuestro dolor, el de cada uno, tiene sus contextos de legitimación. Y cuando en esos contextos endiosamos nuestro victimismo, adquirimos una autoridad inconmensurable. La víctima, en su contexto, aunque no tenga razón tiene autoridad, tiene la autoridad de serlo. A la víctima se le consiente todo, hasta la irracionalidad de la venganza. Pero también a la víctima se le reconoce la autoridad de la superación del odio, de la ira y de la misma venganza. Y cuando se sale del contexto de la legitimación, esa autoridad no es sino poder, y poder del malo, del que se impone, del que no se entiende por qué los demás no nos lo confieren.

Ser víctima no resulta fácil. Primero porque no se puede jugar a serlo. No se puede tener un pie dentro y otro fuera. Si se es víctima, se es, y eso duele. Es verdad que en nuestro caminar por la Cañada podemos hacer nuestro mucho dolor. Si tu dolor es el mío, empiezo a vivirlo, a sentirlo. Podemos haber perdido muchas horas de sueño en estas peleas, pero no las hemos perdido por el miedo (como las víctimas), sino por la compasión. Por la solidaridad de sentir que tu dolor también es mío.

Pero para que la víctima realmente lo sea, el dolor no sólo ha de existir, sino que ha de ser reconocido por el otro. Es necesario que se vea su dolor. Hay que visibilizarlo. Si el dolor no es reconocido, no ayuda a ser una víctima legítima. Y siempre habrá quien busque jerarquizar y clasificar el dolor para decir que su dolor es mayor que el tuyo, que es más víctima que tú, que tiene más legitimación y por ende, más poder. Al final, constatamos: nosotros no somos ellos. Su dolor, aunque compartido, lo viven solos. Nuestro dolor no les alcanza consuelo.

Tampoco podemos victimarnos con ellos. No somos víctimas, pero necesitamos, nos sale del alma, vincularnos con ellos.

Se impera, pues, un camino que nos haga crecer y que nos haga crecer con ellos, de su mano, junto a nuestra gente. Necesitamos una palabra que ilumine el camino. Una referencia por donde avanzar.

“Sólo Tú tienes palabras de vida eterna“. La ventaja que tenemos es que sabemos dónde acudir. Como Pedro, aunque no entendamos nada, como Pedro. Como Juan de la Cruz, sabemos dónde está la fuente que mana y corre. Y recurrimos ahí desde la impotencia. Como los discípulos incapaces de encontrar respuesta ante un joven que sufre. Y Jesús les señala: hay algunos demonios que sólo se van con ayuno y oración.

En la Cañada estamos acostumbrados a lidiar con muchas realidades que destrazan la vida de las personas. Denigran, estigmatizan e incluso hunden: fracaso escolar, falta de recursos sociales, incumplimiento de derechos básicos, criminalización, olvido, abandono, enfermedad, droga, abusos... Solo me sale, como con aquel otro muchacho de Gerasa, reconocer que su nombre es Legión. Es abrumador y es fuerte. Nadie parece poder aplacar su olor a destrucción y fracaso. Es Legión y nos vapulea, nos quema, nos hiere, incluso nos suscita que nos agredamos a nosotros mismos. Y lo logra: nos culpamos unos a otros, arremetemos contra el de al lado... Cuando los vecinos echan la culpa a las entidades, cuando las entidades desconfían de las administraciones cuando las administraciones responsabilizan a otras administraciones cuando nada funciona... Es la misma historia de Gerasa: nos autodestruimos y Legión vence.

Por eso necesitamos reencontrar nuestro sitio, volver a reconocer en dónde estamos, quiénes somos, y por dónde está el camino de salida. Y hay una herramienta: el ayuno y la oración.

A lo largo de la historia, todas las religiones nos han mostrado su importancia. No para jugar a la magia con Dios pensando que si uno no come y reza se van a arreglar los problemas. No, no es así. Eso no es cierto. Eso es jugar con Dios. La oración y el ayuno son otra cosa.

Orar es aprender a ver las cosas con los ojos de Jesús para sentirlas con el corazón de Dios. Desde la convicción profunda de que sólo desde lo que se siente se puede actuar. Aprender a sentir desde Dios, como Dios. Y eso supone dedicar tiempo a su escucha, a escudriñar la realidad y a Él mismo. La oración en profundidad es espacio abierto a otras voces, a otros sentires, a otras visiones. Y desde ahí encontrar un camino, una pista.

Ayunar es no cerrarte a tu propia carne. Es abrir los cerrojos que atenazan las prisiones injustas, es desproveerte para abrir el sentir, para encontrarte con el otro. No es un mérito, ni siquiera un sacrificio para conseguir algo. Es abrir el corazón sin remilgos para que lo esencial aflore. Y lo esencial es la Gloria de Dios mismo: que la Humanidad Viva y lo haga intensamente.

Por eso, desde la parroquia Santo Domingo de la Calzada, en la Cañada Real, queremos convocar una semana de ayuno y oración desde el día 15 de noviembre con el comienzo de la celebración de la eucaristía a las 15:00 horas y presidida por nuestro obispo Carlos, hasta el domingo 22 donde terminaremos este tiempo también con la eucaristía.

Convocamos a la oración comunitaria y personal. La personal cada uno definirá sus momentos. La comunitaria la haremos desde la propia parroquia. Tres horas en la mañana y tres horas en la tarde. Podremos hacerlo de manera presencial o vía Zoom. Todos los días de la semana de domingo a domingo. Y cada cual se podrá incorporar en el momento que vea. No todos podremos estar en todo momento, pero cuando cualquiera pueda y considere, podrá unirse.

Convocamos al ayuno que cada cual habrá de ver en qué consiste. Nuestras situaciones personales, nuestros estados de salud, son variados y distintos. No habrá una fórmula común. Cada cual habrá de ver.

Y convocamos a todos los que quieran participar con nosotros, a todas aquellas comunidades cristianas, de Madrid o de lejos, que quieran hacer con nosotros ese camino por un tiempo de escucha a lo que Dios haya de decir, a penetrar en la hondura de la Vida plena que viene de Él.

Convocamos a nuestros hermanos de otras confesiones cristianas: ortodoxos, evangelistas, anglicanos, con la convicción de que incluso en la distancia su saber de Dios puede ayudarnos a descubrir su Palabra y su Camino.

Convocamos, también, a nuestros hermanos de otras religiones, especialmente a los musulmanes con los que tanta vida hacemos en Cañada. Convencidos de que Dios salva, y de que su salvación es universal, sabemos que podemos recorrer caminos juntos. Y compartir la oración nos hermana. Ya lo hemos vivido a veces. Y podemos seguirlo haciendo.

Y por supuesto, convocamos a todos los hombres y mujeres de buena voluntad que tanto aportan en nuestras vidas cotidianas desde su ateísmo, su agnosticismo, su sincretismo religioso, su animismo, en la convicción de que somos una fraternidad abierta sin distinción y donde todos podemos aportarnos hondura y profundidad para seguir viviendo.

### **Estructura de la semana:**

Los momentos de encuentro y oración serán de la siguiente manera:

#### Domingo 15:

15:00: eucaristía, presidida por nuestro obispo Carlos Osoro.

16:00-18:30: Oración comunitaria: Inmersión en el ayuno, oración y silencio.

#### Lunes 16:

10:00 a 11:00: Oración personal

11:00 a 13:30: Oración comunitaria: incendios

13:30 a 16:00: Oración personal y compartimos el ayuno.

16:00 a 18:30: Oración comunitaria: El COVID

18:30 a 19:30: Eucaristía

#### Martes 17:

10:00 a 11:00: Oración personal

11:00 a 13:30: Oración comunitaria: Realojos.

13:30 a 16:00: Oración personal y compartimos el ayuno.

16:00 a 18:30: Oración comunitaria: Derribos, Infravivienda.

18:30 a 19:30: Eucaristía

#### Miércoles 18:

10:00 a 11:00: Oración personal

11:00 a 13:30: Oración comunitaria: Juventud en Cañada.

13:30 a 16:00: Oración personal y compartimos el ayuno.

16:00 a 18:30: Oración comunitaria: Juventud en Cañada.

18:30 a 19:30: Eucaristía

#### Jueves 19:

10:00 a 11:00: Oración personal

11:00 a 13:30: Oración comunitaria: Violencia intrafamiliar y contra la mujer en Cañada.

13:30 a 16:00: Oración personal y compartimos el ayuno.

16:00 a 18:30: Oración comunitaria: Violencia intrafamiliar y contra la mujer en Cañada.

18:30 a 19:30: Eucaristía

Viernes 20:

10:00 a 11:00: Oración personal

11:00 a 13:30: Oración comunitaria: Droga.

13:30 a 16:00: Oración personal y compartimos el ayuno.

16:00 a 18:30: Oración comunitaria:

18:30 a 19:30: Eucaristía

Sábado 21:

10:00 a 11:00: Oración personal

11:00 a 13:30: Oración comunitaria: Desencuentros

13:30 a 16:00: Oración personal y compartimos el ayuno.

16:00 a 18:30: Vigilia de la Esperanza

18:30 a 19:30: Eucaristía

Domingo 22:

10:00 a 11:30: Eucaristía final de acción de gracias.

11:30: Ruptura del ayuno.

---

Bien a través de Zoom<sup>1</sup> o presencialmente, podréis participar en cualquier momento, durante un rato o durante todos los días. Si lo hacéis presencialmente, tened en cuenta que es

---

<sup>1</sup> Enlace a Zoom

Si dispones de la aplicación:

<https://us02web.zoom.us/j/86103865413?pwd=WFp1Sy8vUzNvYkw1V3hxZ1VEMWgzdz09>

ID de reunión: 861 0386 5413

Código de acceso: AYUNO

Si no dispones de la aplicación y te unes por navegador web:

<https://us02web.zoom.us/j/86103865413?pwd=WFp1Sy8vUzNvYkw1V3hxZ1VEMWgzdz09>

preciso guardar todas las normas de seguridad del Covid. Sería conveniente que nos comunicaseis vuestra asistencia para que podamos asegurar que nunca superaremos el aforo y que podamos mantener las distancias de seguridad apropiadas. Recordad el uso obligatorio de mascarilla.